



Gracias a la bondad Divina

el Rab *shlita* se encuentra en Eretz HaKodesh y estará en Jerusalem, Ashdod y Raanana Para ahorrar esperas y molestias a quienes vengán a encontrarse con el Rab *shlita*, por favor fijar cita anticipadamente

Con la bendición de la Torá

La dirección

Hilulá del
Tzadik

6 - Rabí Leví bar Rabí Guershom, conocido como el Ralbag.

7 - Rabí Shelomó Efraim, autor de Keli Yakar.

8 - Rabí Yerajmiel, el Yehudi HaKadosh de Peshisja.

9 - Rabí Avigdor Kara, Jefe del Tribunal de Praga.

10 - Rabí Yitzjak Alfasi, conocido como el Rif.

11 - Rabí Menajem Tzión de Cracovia.

12 - Rabí Zéraj Eidelitz.

PAJAD DAVID

Publicado por "Orot Jaim uMoshé", Israel

Bajo la dirección de Morenu veRabenu HaGaón HaTzadik Rabí David Janania Pinto *shlita*
Hijo del tzadik Rabí Moshé Aharón Pinto *ztz"l* y nieto del sagrado tzadik Rabí Jaim Pinto *ztz"l*



¿Puede el hombre de carne y hueso lograr alcanzar el nivel elevado de la santidad de Hashem?

"Sagrados seréis, porque sagrado soy Yo, Hashem, vuestro Dios" (Vaikrá 19:1)

Nuestros Sabios, de bendita memoria, dicen en Torat Cohanim que la frase "sagrados seréis" significa 'ascetas seréis', es decir, que los Hijos de Israel se deben separar de los placeres y atracciones mundanales, y guardar una vida recatada. Y en la parashá de Shemini, está escrito (Vaikrá 11:44): "Y os santificaréis y seréis sagrados, porque sagrado soy Yo". Además, en Torat Cohanim, el Midrash dice que la frase "porque sagrado soy Yo" quiere decir que "Así como Yo soy sagrado, vosotros debéis ser sagrados; así como Yo estoy separado, de la misma forma, vosotros deberéis ser ascetas".

Tenemos el deber de entender, a simple vista, estas palabras del Midrash, pues ¿cómo puede el hombre, criatura de carne, sangre y hueso, hecho de materia, pretender alcanzar el nivel elevado de HaKadosh Baruj Hu en la santidad? ¡Hashem está rodeado de ángeles ministeriales que Le sirven! ¡Y esos mismos seres celestiales que Le sirven, lo hacen temblando todo el tiempo por el temor que Le tienen! Y, además, la Inclinción al Mal reside en el corazón de la persona y trata todo el tiempo de hacerla tropezar a cada paso, y trata con todas sus fuerzas y por todos los medios de incitar a la persona a andar por el sendero equivocado del mal. ¿Acaso es posible que, a pesar de todas las pruebas difíciles que la persona tiene por delante, pueda tener éxito en escalar niveles de santidad tan elevados? Y aun así, ¿cómo puede ser que la Torá haga tal comparación entre el hombre y HaKadosh Baruj Hu?

Asimismo, nuestros Sabios, de bendita memoria (Tratado de Nidá 30b), dijeron acerca del versículo (Yeshaiá 45:23) "juraré toda lengua" que se refiere al día del nacimiento del hombre, en el que le hacen jurar que sea tzadik y que no sea un ser malvado. Dicen nuestros Sabios: "Aun cuando todo el mundo te diga que eres un tzadik, considérate como un malvado. Y sabe que HaKadosh Baruj Hu es puro, y Sus servidores son puros, y el alma que puso en ti es pura. Si la cuidas con pureza, muy bien; pero si no, te la quitará".

Aparentemente, dicho juramento está fundamentalmente equivocado. ¿Acaso la persona sabe qué le espera en este mundo al que es enviada? ¿Acaso sabe lo que tendrá que enfrentar, las difíciles pruebas que la Inclinción al Mal le pondrá al llegar a este mundo? Los mundos superiores en donde se encuentra el alma son mundos puros, limpios de todo mal, en los que la Inclinción al Mal no gobierna en absoluto. Sin duda, el alma piensa que ser un tzadik y no un malvado es algo simple, por lo que está dispuesta a jurar que, como ser humano, sí va a ser tzadik. Pero cuando llega a este mundo, y se tropieza con las pruebas difíciles que la acosan, aparentemente, de inmediato quiere arrepentirse de su juramento y retractarse, porque no sabía desde un principio que iba a tener que batallar contra la Inclinción al Mal.

Pensé en responder, con ayuda del Cielo, que cuando el alma se encuentra arriba, antes de bajar a este mundo, antes de siquiera hacer el juramento, le muestran todo lo que sucede en el mundo y todos los tipos de pruebas que tendrá que enfrentar; le enseñan que le espera una dura batalla al llegar al mundo. Solo entonces le hacen jurar. De esa forma, el alma sabe claramente sobre qué está jurando y hacia dónde se está dirigiendo, de modo que no es un juramento equivocado.

El alma realiza este juramento precisamente cuando se encuentra en los mundos superiores, en donde todo es pureza y santidad; un lugar depurado y limpio de todo vestigio de impureza. De esa forma, en el momento en el que hace su juramento, absorbe de la santidad que se encuentra en tal lugar, y así el alma adquiere de las poderosas fuerzas de la santidad de los mundos superiores, con las que podrá conducir su vida en

santidad y enfrentar las pruebas que encontrará en el camino.

Resulta así, que cuando todavía se encuentra en los mundos superiores, aún antes de llegar a este mundo, HaKadosh Baruj Hu la abastece de las fuerzas necesarias para que pueda enfrentar a la Inclinción al Mal; "carga sus baterías" con todo lo que necesita de la santidad y de la pureza. Entonces, la persona llega a este mundo, armada como debe ser, de alimento espiritual y sagrado. Así, el alma es, de hecho, un arma de guerra contra la Inclinción al Mal, y tiene el poder de mantener su juramento, pues no le ponen a la persona ninguna prueba que no pueda pasar.

Eso es lo que dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (Tratado de Bavá Metzjá 107 a): "La intención del versículo 'Bendito seas al venir; bendito seas al salir' es explicar que así como tu llegada al mundo fue sin pecados, así mismo sea tu salida de este mundo sin pecados". A la persona se le pide que, ya que su alma baja al mundo material cargada de santidad superior y con el poder de los mundos superiores imbuido en su ser, se cuide de no perderlos. Más bien, deberá dejar el mundo material con la misma santidad con la que llegó.

Por ello, HaKadosh Baruj Hu le ordena al hombre: "sagrados seréis, porque sagrado soy Yo, Hashem" (Vaikrá 19:1), porque en verdad la intención no es que la persona sea sagrada literalmente como HaKadosh Baruj Hu, lo cual es algo inasequible e imposible. Más bien, debe ser sagrado tal como lo era antes de bajar al mundo terrenal, cuando, estando ante el Trono de Gloria, absorbió la santidad y la pureza. Si atrajera hacia sí de esa santidad una vez que está en la tierra, incluso Hashem le agregaría de Su santidad, como dice el versículo: "Yo soy Hashem, Quien os santifica" (Vaikrá 20:8). Así el hombre comprende y sabe de qué santidad se trata, pues absorbió de ella aun antes de llegar al mundo, y tiene imbuida en sí estas fuerzas, y del Cielo le reclaman que había jurado delante de HaKadosh Baruj Hu que iba a permanecer tzadik y no iba a ser malvado. Siendo así, debió cuidar dicha santidad con todas sus fuerzas, y no perderla, y con esas fuerzas guerrear contra lo material y contra la Inclinción al Mal, golpeándola constantemente. De esa forma, ameritará la vida eterna.

Eso es lo que pide HaKadosh Baruj Hu de la persona: "sagrados seréis". Y así, el Zóhar HaKadosh dice que todas las mitzvot que HaKadosh Baruj Hu nos dio para cumplir son instrumentos para lograr alcanzar el elevado nivel de la santidad. Siendo así, la persona tiene el maravilloso poder de cuidar de su santidad, y en sus manos conserva dichos instrumentos.

Más adelante, el versículo dice (Vaikrá 19:3): "La persona, a su madre y a su padre deberá temer". Esto es de asombrar, pues, ¿para qué se yuxtapuso el versículo que trata del temor que se debe tener a los padres al versículo que ordena "sagrados seréis"? Pienso que esto es como lo que dicen nuestros Sabios, que los hechos de los padres son un indicio para los hijos, que así como la persona se conduce, así se conducirán sus hijos después de él en su mismo sendero y aprenderán de sus acciones. Es natural que el hijo imite al padre en lo que hace y en la forma como se comporta. Por lo tanto, la Torá ordenó diciendo a la persona que si se conduce con santidad y pureza, dicha santidad obligatoriamente será transmitida también a los descendientes, porque lo importante de la educación de los hijos radica en que éstos se conduzcan como sus padres. Así como los padres se conducen, así sus hijos se conducirán después de ellos. Por lo tanto, la Torá ordenó "sagrados seréis", e inmediatamente después, dijo: "La persona, a su madre y a su padre deberá temer", para insinuarles al padre y a la madre que esta santidad la ameritarán también sus hijos.



Siguiendo sus Huellas

Chispas de fe y confianza de las notas personales de Morenu veRabenu Rabí David Jananía Pinto shlita

Salvación por el mérito de la fe

En una ocasión, cuando me encontraba en Miami, recibí una llamada urgente. Al otro lado de la línea, se encontraba uno de los miembros de la familia de Rabí Menajem, quien me contó con angustia que Rabí Menajem no se encontraba de lo mejor. Rabí Menajem es un preciado judío, de los más allegados a mí. Debido a su condición, habían tenido que llevarlo a Nueva York, para un tratamiento médico de urgencia. Al principio, no me dijeron cuán grave era su situación, por lo que le dije a aquella persona que me había llamado: “No se preocupen. No es nada y todo se va a arreglar, beezrat Hashem”.

Un par de días después, volví a recibir una llamada de urgencia por parte de la familia, en esta ocasión, de la hija de Rabí Menajem. Con el corazón roto, me contó que los resultados de los exámenes que le habían realizado a su padre revelaban que sin duda alguna padecía de la temida enfermedad: tenía un tumor en la cabeza —Rajmaná litzlán— y su condición era extremadamente crítica.

Con mucho dolor, ella me dijo: “¿Acaso el honorable Rav mintió? ¿Cómo puede ser que usted dijo que ‘lo que él tenía no era nada y que se iba a arreglar’? ¿Acaso no estaba enterado de su grave condición?”.

Confiado totalmente en Hashem Yitbaraj y en el mérito de mis antepasados, le dije: “¡No se deben preocupar! Ya regresará a su condición sana previa. Su condición no es en absoluto crítica como piensan”. Mientras decía esto, pensaba: “HaKadosh Baruj Hu es el gran Médico, y para Él, en verdad, esto no es nada”.

A la vez, me informó que Rabí Menajem debía atravesar una operación muy complicada, la cual los médicos estimaban que tomaría unas dieciocho horas. Entonces, decidí viajar a Nueva York y estar a su lado para exhortarlo y rezar por él.

Al llegar allá, me recibieron todos los miembros de la familia. De pronto, el médico de cabecera me llevó a un costado y, mostrando un

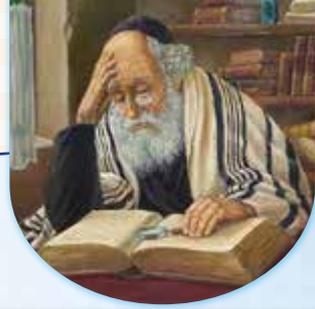
rostro nada positivo, me dijo: “Sepa, señor Rabino, que la condición del paciente es de lo más grave. En unos cuantos minutos más, tendrá que someterse a una operación extremadamente complicada. Las probabilidades de que se recupere son muy escasas. Yo estoy sorprendido de cómo puede usted asegurarle a la familia que su condición es buena, y que no hay problema desde el punto de vista médico”.

Mientras el médico me decía todo aquello, el corazón me palpitaba con fuerza, cumpliéndose en mí el versículo: “... la voz de mi querido palpita...”, y comprendí que la situación no era en absoluto simple. Los miembros de la familia y el médico habían tomado mis palabras como palabras sin contenido. Desde lo profundo del corazón, elevé una plegaria silenciosa a Hashem Yitbaraj, para no pasar vergüenza, y que mi súplica de que se recuperara por el mérito de mis ancestros sagrados diera fruto, y se santificara el Nombre de Hashem Yitbaraj en el mundo.

Así pues, exhortado con estos pensamientos, le dije al médico: “Con la ayuda de Hashem Yitbaraj, él saldrá de esta difícil condición, totalmente sano y completo, para vida buena y para completitud”. Y creí con todo el corazón en cada palabra que salió de mi boca.

Comenzó la operación y transcurrieron ocho horas estresantes fuera del quirófano; fueron horas muy duras, durante las cuales me apegué con todos mis pensamientos a la fe íntegra en Hashem Yitbaraj y en Sus siervos, los Tzadikim, confiado en la salvación. De pronto, se abrieron las puertas del quirófano y los médicos se dirigieron a nosotros con mucha emoción que no podían ocultar, y nos contaron que la operación, con ayuda del Cielo, había sido concluida con éxito y que el paciente había salido de todo peligro.

David HaMélej dice (Tehilim 32:10): “El que confía en Hashem, la bondad lo rodeará”. Si la persona confía en Hashem Yitbaraj con fe íntegra, apoyándose con todo el corazón en Él y en Su abundante piedad, puede estar seguro de que no regresará con las manos vacías.



Dívre Jajamím

¿Quién tiene control sobre las nubes en Netivot?

“Sagrados seréis, porque sagrado soy Yo, Hashem, vuestro Dios” (Vaikrá 19:2)

¿Qué es, de hecho, la ‘santidad’?

El Malbim se propuso definir esto en nuestra parashá, y así escribió las siguientes maravillosas palabras: “La santidad es el alejamiento y la separación de todo sendero material o de la naturaleza. Así pues, la santidad está relacionada con Hashem; es lo que se eleva por encima de la conducta de la naturaleza, con una conducta marcada por los milagros asombrosos que anulan el poder de los asuntos materiales y la conducción relacionada a ello”.

¿Cómo se puede llegar a dicho elevado nivel con el cual poder abrir los portones de la sabiduría y anular las fuerzas de la naturaleza? Nuestros Sabios, de bendita memoria, nos revelan que el nombre de dicha maravillosa llave es la “entrega total”.

En la Guemará (Tratado de Berajot 20a), se relata que Rav Papá le preguntó a Abayé: “¿Qué nos diferencia de nuestros ancestros, a quienes se les hizo milagros, mientras que a nosotros no se nos hace milagros al descubierto?”. Le respondió: “Todo depende del poder de entrega total que tengamos en lo que respecta a la voluntad de Hashem Yitbaraj”.

Así se cuenta acerca del sagrado de Israel, Rabí Israel Abujatzera, el Baba Sali, zatzal, quien habitaba en la ciudad de Netivot, Israel. Al concluir un Shabat, cuando la congregación salió de la sinagoga para decir la bendición de la luna, encontraron que todo el cielo estaba completamente nublado y no se podía ver la luna. Los presentes dirigieron su mirada hacia el Tzadik para ver qué iba a hacer.

El Tzadik tomó su bastón, lo inclinó hacia la derecha y hacia la izquierda, y de pronto, asombrosamente, se abrieron las nubes y se pudo ver claramente la luna. Así la congregación pudo decir Bircat HaLevaná.

Cuando le preguntaron al Tzadik si tenía poder sobre la luna, Rabí Israel Abujatzera respondió: “Lo que ustedes vieron no comenzó en Netivot. Su raíz se encuentra muy lejos, en la ciudad de Lyon, Francia.

“Cuando me encontraba en dicha ciudad, sucedió una vez que había llegado el momento de decir Bircat HaLevaná y las circunstancias no lo permitían. Pasó una noche, y luego otra, y otra, y en ninguna de ellas se había podido decir la bendición, hasta que llegó la última noche en que se podía decir, y las nubes aún no abandonaban el cielo.

“Los residentes del lugar me dijeron que si quería bendecir la luna tenía que viajar a 380 kilómetros de allí, a la ciudad de Marsella. Allí, el cielo estaba despejado y se podía cumplir con la mitzvá.

“Sin esperar más”, siguió relatando el Baba Sali, “tomé mis pertenencias y viajé hasta Marsella para bendecir la luna. Para que tengan una idea, viajar de Lyon a Marsella es como viajar de Bené Berak a Eilat”.

El Baba Sali podría haber dicho que ese viaje era demasiado difícil y que no era necesario viajar hasta Marsella; pero no lo hizo así, sino que se tomó la molestia y, con entrega total, fue a cumplir con la mitzvá.

Siendo así, aquel que se entrega totalmente para el cumplimiento de una mitzvá en particular, adquiere, de cierta forma, un dominio sobre lo relacionado con dicha mitzvá. Y en el momento en que quiere bendecir la luna en Netivot, al sur de Israel, cuando aquella se esconde detrás de las nubes, él obtiene la posibilidad de “quitar del camino” las nubes y sacar la luna de su escondite. Todo debido a aquella entrega total con la que se condujo con relación al cumplimiento de esa mitzvá, años atrás.



SHEMIRAT HALASHON

Dos transgresiones con una sola conversación

Tanto el que relata chisme como el que lo acepta transgreden la mitzvá de “a Hashem, tu Dios, temerás”, que implica la mitzvá de temer a Hashem y no transgredir Su voluntad con pecados.

Y, además, tanto el que relata chisme como el que lo acepta transgreden la mitzvá de estudiar Torá, pues, mientras están ocupados en el chisme deberían estar estudiando Torá; y como el estudio de Torá equivale al cumplimiento de todas las mitzvot, su castigo por anular el estudio es severo.



Perlas de la parashá

En el sendero de los Patriarcas

Lecciones en el estudio de Pirké Avot, por
Morenu VeRabenu, Rabí David Jananiá
Pinto, sífita

¿A quién esperan los ángeles todos los días?

*“Sagrados seréis, porque sagrado soy Yo, Hashem, vuestro Dios”
(Vaikrá 19:2)*

Rabí Yaakov Abujatzera explicó en su libro Pitujé Jotam, con una alusión, que los ángeles no dicen la Kedushá ('Santidad') en las Alturas hasta que Israel no la dice abajo, en la tierra. Y si Israel —quienes dicen la Kedushá— no son sagrados y puros por cuenta propia, no pueden decir la Kedushá con sus bocas, porque, de hacerlo, sería considerado como una burla y un desprecio. Y los ángeles, que están esperando escuchar la Kedushá de Israel, los acusan —jalila— diciendo: “¡Amo del universo! ¿Tenemos que esperar hasta que aquellos digan la Kedushá?”.

Por lo tanto, el Pueblo de Israel tiene que preocuparse de ser sagrados con el fin de ser aptos para decir la Kedushá y que los ángeles la puedan decir después.

Eso es lo que dice el versículo “sagrados seréis”; es decir, Hashem le dice a Israel: “Conságrense con pureza y santidad, ‘porque sagrado soy Yo, Hashem’, y tanto las criaturas terrenales como las celestiales tienen que santificarme; y los ángeles esperan hasta que Israel diga la Kedushá primero”.

Y el versículo concluye diciendo “vuestro Dios” (א-להיכם), palabra que insinúa la sigla en hebreo: “אך יתקדשו כי המלאכים ממתנים להם” ('Santifíquense porque los ángeles están esperándolos').

Los ricos no son sino un conducto para los Tzadikim

“No explotarás a tu compañero; y no robarás” (Vaikrá 19:13)

¿Quién es aquel “malvado” a quien la Torá advierte que no debe explotar al compañero? ¿Y por qué precisamente esta advertencia está dirigida a él?

Rabenu Jaím Ben Atar, el Or HaJaím HaKadosh, explica que aquí se encuentra una alusión a lo que dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria, acerca de que los dedicados a la Torá no tienen sustento en este mundo, como aquello que dice el Yalkut Mishlé (rémez 934) por lo que se queja la Torá: “¿Por qué Mis hijos son pobres?”. Y escuché una razón que proveyó el Arí, zal: porque el mundo no podría contener todo el bien que les sería dado a los Tzadikim. Por eso, Hashem les da abundancia a las personas intermedias, y por medio de ellas, provee sustento a los que se dedican a la Torá.

Aprendemos de aquí que los ricos no son sino un canal preparado para abastecer las necesidades de los Tzadikim, y Hashem les ordenó no explotar a la persona, al compañero que es Tzadik, como lo que dice el versículo (Tehilim 122:8): “Para mis hermanos y compañeros, hablaré, ahora, paz en ti”; y si el rico no les diera su porción, es un explotador.

De la regla pequeña a la grande

“Y amarás a tu compañero como a ti mismo” (Vaikrá 19:18)

En el libro Yesod Tzadik, se relata que en una ocasión Rabí Shlomke de Zvhil se dirigió a su asistente, Rabí Elí Rattá, y le pidió que le diera una explicación acerca de la famosa frase que dijo Rabí Akivá: “‘Y amarás a tu compañero como a ti mismo’ es una gran regla en la Torá”.

Si Rabí Akivá dijo “una gran regla”, quiere decir que hay una “regla pequeña”. Entonces, ¿cuál es aquella regla pequeña?

Rabí Elí permaneció callado para escuchar lo que iba a decir el Rav.

Rabí Shlomke le dijo que la explicación es la siguiente: si, por ejemplo, uno escuchara que un reconocido mercader de etroguim obtiene una exorbitante ganancia en el negocio de los etroguim, entonces, la “regla pequeña” en este caso sería que uno no tiene que ser envidioso en cuanto a las ganancias de dicho mercader, pues “aquello que odias para ti, no se lo hagas a tu compañero” (Tratado de Shabat 31a). Entonces, la gran regla indica que no solo no deben dolerte sus ganancias, sino que incluso debes alegrarte por ellas así como te alegrarías si tú mismo hubieras obtenido dichas ganancias. Esa es la gran regla de “amarás a tu compañero como a ti mismo”.



“Todo Israel tiene porción en el Mundo Venidero”

(Tratado de Sanhedrín 100a)

El Pueblo de Israel, pueblo sagrado, comienza a estudiar las preciadas enseñanzas de ética del Tratado de Avot inmediatamente después de la festividad de Pésaj. Existen muchas razones para este estudio, pero no es este el lugar para desarrollarlas. En lo que sí debemos ahondar es en la razón por la que los Jajamim establecieron que se estudie ésta, la primera Mishná, aquí, al comienzo del Tratado de Avot, cuando dicha mishná pertenece al Tratado de Sanhedrín.

Podemos decir que ellos quisieron enseñarnos la gravedad de los temas que involucran la relación entre el hombre y su prójimo. De cierta forma, éstos son más severos que los asuntos entre el hombre y su Creador, pues, cuando la persona peca contra Hashem y después se arrepiente con sinceridad, HaKadosh Baruj Hu se reconcilia con él. Pero en cuanto una persona peca contra su compañero, aun cuando se arrepienta, Hashem no se lo perdona hasta que logre la reconciliación con su compañero (Tratado de Yomá 85b).

Esto es lo que nos enseñan aquí nuestros Sabios, que la persona debe cuidarse en todos los asuntos relacionados entre ella y su prójimo más que de los relacionados entre ella y HaKadosh Baruj Hu. A partir de la dificultad que implica obtener la expiación en estos casos, aprendemos cuán severas son las transgresiones entre el hombre y su compañero, pues las transgresiones entre el hombre y Hashem, si el hombre se arrepiente verdaderamente, le son expiadas en Yom Kipur. Pero, en contraste, quien pecó con transgresiones entre el hombre y su prójimo, aun cuando se arrepienta y se confiese en la tefilá, no le servirá de nada; ni siquiera Yom Kipur podrá expiarle esos pecados, hasta que vaya donde la persona contra quien pecó y se reconcilie con ella.

En base a esto, los Sabios establecieron que la persona que quiere tener una porción preparada para sí en el Mundo Venidero, antes que todo tiene que ser una persona de cualidades perfectas, y cuidarse en aquellos temas involucrados en la relación entre el hombre y su prójimo. Si no supo cómo comportarse con las personas, es probable —jalila— que pierda aquella porción preparada para ella en el Mundo Venidero.

Pero ¿cómo se puede llegar a la perfección en las buenas cualidades?

Por medio del estudio del Tratado de Avot, que contiene la sabiduría particular de los Sabios de Israel. Nuestros Sabios nos heredaron Pirké Avot, las enseñanzas de los ancestros, para que aprendamos cómo corregir y mejorar nuestras cualidades, de modo que seamos verdaderos merecedores de la vida en el Mundo Venidero.



”VHALELUHA”

Pautas para la figura de la éshet jaiel en Israel
En memoria de la Rabanit Mazal Madeleine Pinto

¿Con qué fueron aludidos los Tzadikim?

Es sabido que los Tzadikim son aludidos con las estrellas, como dijo el Profeta (Daniel 12:3): “... y los que lleven a muchos a la rectitud, [resplandecerán] como las estrellas, por toda la eternidad”. Pero ¿por qué fueron aludidos con las estrellas?

Rabenu HaMeiri explicó que ello viene a enseñar que así como no se puede distinguir el brillo de las estrellas sino solo en la noche, de la misma forma, el brillo de la luz de los Tzadikim no es reconocible en todo su esplendor y belleza sino hasta que dejan este mundo.

Por cuanto el Tzadik fallece y se apaga el sol en pleno mediodía, éste trae oscuridad al mundo. Es entonces que se difunde su nombre por todo el mundo y se engrandece su honor a los ojos del pueblo, y su brillo destella como las estrellas que brillan en la oscuridad.

Así fue la Rabanit Mazal, la matriarca del reino, la mujer pura y fiel cónyuge del honorable Rabí Moshé Aharón Pinto, ziaa; ella dejó este mundo luego de una larga vida, habiendo visto generaciones que continúan en el sendero correcto, descendientes benditos que mantienen las tres columnas sobre las cuales se sostiene el mundo: Torá, plegaria y actos de bondad.

En vida, por su gran recato, no fueron muchos los que llegaron a conocer la personalidad especial, y cuánto fue lo mucho que actuó en favor de aumentar el honor del Cielo en el mundo. Así dijo de ella su hijo —que viva 120 años— Morenu VeRabenu, el Gaón y Tzadik, Rabí David Jananiá Pinto, shlita, en el discurso fúnebre que pronunció:

“Mi madre, aleha hashalom, la Tzadéket, se dedicó toda la vida a preparar su partida al Mundo Venidero. Ella sabía que ‘solo el que invierte esfuerzo y se toma molestias en la víspera de Shabat podrá comer en Shabat’. Por lo tanto, hizo mucha tzedaká, con santidad y pureza, con recato, con buenas cualidades, con bondad y con amor por el prójimo. Su poderosa fe y confianza en Hashem Yitbaraj eran sobresalientes; también su meticulosidad en el cumplimiento de las mitzvot despertaba el asombro de quienes la rodeaban. Ahora que dejó este mundo, su luz, de pronto, brilla como una estrella, y todos la alaban y elogian por sus virtudes y buenas acciones”.

En esta sección, que estará dedicada en honor de la Rabanit, aleha hashalom, tejaremos los hilos que conforman la imagen de la éshet jaiel, la mujer virtuosa del Pueblo de Israel, desde el verdadero punto de vista judío, haciendo énfasis en el papel central y principal que desempeña la mujer en el hogar: la madre alegre de hijos, aquella mujer que amerita llegar a un lugar muy elevado, y sobre quien se refirió Shelomó HaMélej en el versículo del mizmor (Mishlé 31:31): “Y alábenla (vihaleluha) en los portones sus acciones”.

“La mujer virtuosa, ¿quién puede encontrar? Su valor es mucho mayor que el de las piedras preciosas” (Mishlé 31:10)

El más sabio de los hombres trazó las líneas que contornean la figura de la mujer judía que amerita el título de “mujer virtuosa”. Lo principal de la mujer son las virtudes que ella logra forjar, su diligencia en todo lo que involucra el esfuerzo en la educación de sus hijos e hijas, en todo lo que ella de hecho invierte, también en la compleción de su persona y en el abastecimiento de las necesidades de todos los miembros de su familia.

“La mujer virtuosa” es un concepto sinónimo de diligencia. También las acciones que describen a la mujer virtuosa en el mizmor, todas están relacionadas con el esfuerzo que invierte en su hogar: “Extiende sus manos al pobre y tiende sus manos al menesteroso”, “Ella hace tapices...”, “... hace ropa de lino y la vende...”, “Fuerza y honor son su vestidura...”.

La mujer completa no se fatiga ni de día ni de noche. Ese es el esplendor de la mujer judía kesherá. Ella es la que se abastece de alimento; envía a sus hijos a estudiar Torá, y los equipa con vianda. Es la que compone las vestimentas de los miembros de su familia mientras es de noche, antes de que llegue la mañana y despierten de su sueño, de modo que no les haga falta nada de lo que requieren al comienzo del día. Es la que los acompaña con plegaria, con lágrimas y con súplicas. Es la que se adelanta a recibirlos con alegría y siempre tiene un oído dispuesto a escuchar lo que tienen que decir. Al anochecer, aun cuando el cansancio por fin se apodera de ella, se sienta al lado de sus hijos para relatarles cuentos de Tzadikim y recita junto con ellos la Keriá Shemá, los mece en la cuna con cantos de Torá hasta que se duermen. Siendo aún de noche, ella se levanta para preocuparse de las viandas del día siguiente.

Al culminar seis días, llega su descanso. La casa judía está toda vestida de fiesta e iluminada con las luminarias de Shabat titilando en medio de un ambiente de santidad, con los varones vestidos con sus ropas de Shabat, y el aroma de las delicias de Shabat regocijando el corazón. Un mantel blanco cubre la mesa, y la vajilla y los cubiertos finos están bien dispuestos sobre ella.

El esposo llega de la sinagoga acompañado de ángeles ministeriales. Entonces es cuando todo lo realizado hace elogio de quien lo hizo: la mujer virtuosa. Aquí, en este mizmor, en esta súplica semanal, se cantan unos versos en honor de la dueña de la casa, quien es el tesoro y el corazón de todo este anhelo; en honor de aquella que agregó con la sabiduría de su corazón otro bloque en la edificación de este fantástico proyecto de gran magnitud llamado “hogar”. La madre invierte todas las fuerzas de su ser con entrega total con el fin de otorgarles a todos este momento anhelado de elevarse al gran palacio de Shabat. Por todo esto, “se levantaron sus hijos y le cantaron, y su esposo la elogió”.